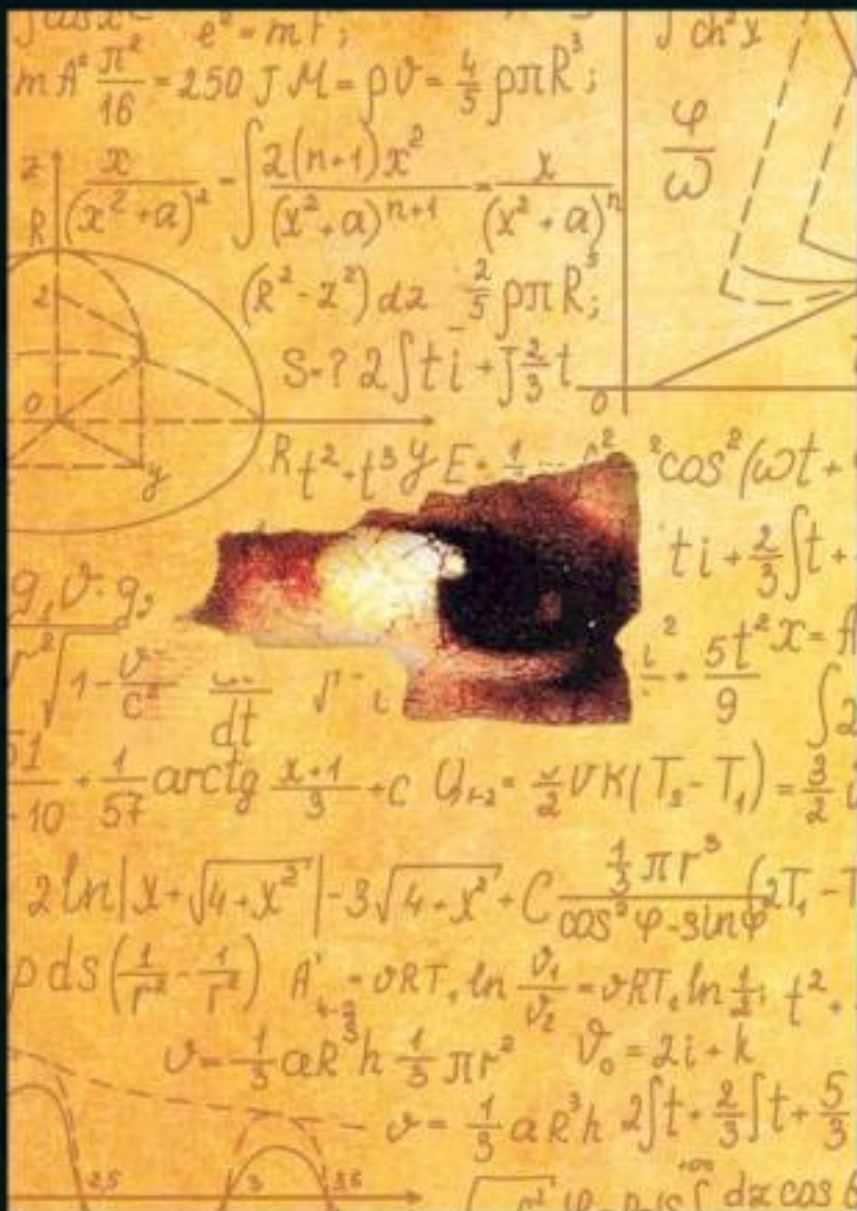


PHILIP KERR

MATERIA OSCURA



A finales de 1696, Christopher Ellis es enviado a la Torre de Londres, pero no precisamente como prisionero. Gracias a un inesperado giro del destino, este impetuoso joven aficionado a las mujeres y los naipes se convierte en el nuevo ayudante de *sir* Isaac Newton, el renombrado científico que, como administrador de la Real Casa de la Moneda, ha aceptado el encargo de perseguir a los falsificadores que amenazan con derrumbar la economía inglesa. Con la aguda perspicacia de Newton y la habilidad de Ellis con la espada, esta peculiar pareja de detectives se prepara para capturarlos. Sin embargo, cuando sus pesquisas los conducen hasta un misterioso mensaje codificado sobre un cadáver escondido en la Torre de los Leones, y a medida que aumenta el recuento de muertos, los dos investigadores se darán cuenta de que se está urdiendo algo mucho más siniestro, una conspiración que pretende no solo hundir al gobierno, sino también acabar con sus vidas.

La Torre de Londres

Para Naomi Rose

PRÓLOGO

Levántate, resplandece; porque ha venido tu lumbre y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.

ISAÍAS 60, 1

Juré no contar esta historia mientras viviera Newton.

En la mañana del 28 de marzo de 1727, habiendo transcurrido ocho días desde el fallecimiento de *sir* Isaac Newton, tomé un coche frente a mi nuevo domicilio de Maiden Lane, en Covent Garden, acompañado por el doctor Samuel Clarke, que había sido su amigo y exégeta. Íbamos a la abadía para verlo de cuerpo presente como un formidable héroe griego.

Lo encontramos en la Cámara de Jerusalén, una magnífica sala con paredes revestidas de roble y una gran chimenea; está situada en el ala suroeste de la iglesia y allí pueden admirarse varios tapices y vidrieras atribuidos al periodo de Enrique III, así como bustos de Enrique IV y Enrique V. Cuentan que Enrique IV sufrió un colapso mientras rezaba en la abadía y lo trasladaron a la Cámara de Jerusalén, donde falleció, con lo que se cumplió el augurio de que moriría en la Ciudad Santa.

No puedo decir si la efigie del rey Enrique es veraz y fidedigna, pero el embalsamador de Newton había hecho un buen trabajo y no le había maquillado la cara como a una puta, vicio muy extendido entre los de su gremio. La piel parecía bastante natural, la había dejado rubicunda, tersa y lozana, como si apenas estuviera dormido. Y dado que no se percibía olor alguno más de una semana después del óbito, que es mucho tiempo para un cadáver insepulto,

quedaba acreditada sin lugar a dudas la pericia del embalsamador, sobre todo si consideramos que, aun cuando no había llegado realmente la primavera, en los últimos días había hecho bastante calor.

El hombre que vi en aquel féretro abierto sobre una gran mesa de refectorio llevaba una peluca ceremonial rubia, una simple chalina de lino blanco y un terno negro. Su rostro mostraba arrugas, mejillas ligeramente rollizas y, pese a aquella afilada nariz aguileña que siempre asocié a los romanos, no resultaba antipático. Me había imaginado que tal vez notaría en el aire de sus facciones un atisbo de la penetrante sagacidad que siempre había distinguido su imperturbable estampa, quizá incluso un último destello de sabiduría; una vez muerto, sin embargo, Newton era una figura de aspecto más bien ordinario.

—La piedra le causaba mucho dolor cuando falleció —observé.

—Pero seguía muy lúcido —me contestó el doctor Clarke.

—Sí, eso siempre, una lucidez sin par. Consideraba toda la creación un acertijo con pistas e indicios que la mano de Dios había desperdigado por doquier. O quizá la veía como una especie de código cifrado que podía leer gracias a una soberbia concentración mental. Pensaba, si no me equivoco, que un hombre capaz de descifrar las ocultas claves de la tierra podría asimismo desentrañar las celestes. No creía en nada que no pudiese demostrar mediante un teorema o representar en un diagrama.

—Newton nos ha dado el hilo de Ariadna que nos permite hallar una senda en el laberinto de Dios —dijo el doctor.

—Sí —respondí—. Puede que sea cierto.

Después de almorzar regresé a mi casa de Maiden Lane. Aquella noche dormí mal, a solas con los recuerdos de Newton aún candentes. No me atrevo a decir que lo conocí bien. Dudo que exista un solo hombre o mujer que pueda

presumir de ello. Y es que no solo era muy peculiar, sino también extraordinariamente reservado. No obstante, sí puedo decir que durante una temporada, y con la excepción de la señora Conduitt, lo traté con al menos tanta intimidad como el que más.

Hasta que se cruzaron nuestros caminos, yo era como Londres antes del Gran Incendio y no me preocupaba en exceso por el calamitoso estado de mis facultades intelectuales, mas cuando descubrí esa chispa y el vendaval de su mente avivó las llamas en las callejuelas de mi pobre cerebro (casi todas bastante mugrientas, pues entonces era joven e insensato), el fuego se propagó con rapidez y siguió ardiendo furiosamente sin excesivos obstáculos.

Si únicamente se hubiera tratado de una hoguera atizada por la relación con Newton, tal vez una parte del hombre que era yo se habría salvado, pero también entró en juego el fuego que en mi corazón prendía su sobrina, la señora Conduitt (por entonces señorita Barton), de modo que, con llamas que ardían de forma simultánea en diferentes focos muy distantes entre ellos, toda la conflagración se antojaba el resultado de un gran designio de índole maligna y sobrenatural. Mi cielo se vio iluminado como por artilugios pirotécnicos durante un momento demasiado breve y maravilloso. Un instante después me derrumbaba abrumado y todo saltó en pedazos. Mi iglesia, quemada de manera irreparable; mi alma, calcinada; mi corazón, convertido en fría y negra carbonilla. En resumen, mi existencia reducida a cenizas.

Tras el incendio llega la reconstrucción, desde luego: los grandes edificios de *sir* Christopher Wren, la catedral de San Pablo... Sí, es cierto, tracé mis propios proyectos. El hecho de que sea coronel en la reserva podría llevar a suponer que algo surgió de las cenizas de mi vida anterior, pero la reconstrucción fue costosa y no alcanzó todo el éxito deseado. De hecho, en ocasiones pienso que como el rey Príamo, muerto a manos de Neoptólemo entre las rui-

nas ardientes de Troya, más me hubiera valido morir también cuando nos separamos.

El doctor Clarke no tenía paciencia para esas disquisiciones. Sin duda seguía dispuesto a creer que el doctor Newton podía devolver la vista a los ciegos, pero, como confirmará cualquier soldado, uno puede ver demasiado. Hasta el hombre más valiente podría arrugarse en presencia del enemigo. ¿Acaso el rey Leónidas, con sus mil espartanos, habría logrado defender el desfiladero de las Termópilas durante dos días enteros si sus hombres hubieran visto la enormidad de las huestes persas a las que se enfrentaban? No, a veces es preferible la ceguera.

Clarke pensaba que Newton nos había proporcionado el hilo de Ariadna con el que podíamos encontrar nuestra senda en el laberinto de Dios. Bueno, así fue como yo mismo entendí su obra en un principio, solo que el creador del laberinto determina algo distinto, pues el dédalo no tiene salida, ya que es infinito, y en esa encrucijada uno se topa con el terrible descubrimiento de que tampoco hay creador. Antes que un laberinto me inclino por la imagen de una sima o un abismo al que Newton, en virtud de su universal sistema matemático y cronológico, de su visión sobre la caída de los cuerpos, nos baja sujetos a una cuerda, tesitura ciertamente precaria donde la gravedad puede ejercer su labor invisible.

Labores invisibles. De eso Newton lo sabía todo. Su teoría de la gravedad, por supuesto. Su interés en la alquimia, por ejemplo, y en los códigos cifrados. Cuando le dije al doctor Clarke que, de acuerdo con Newton, un hombre capaz de descifrar un código terrenal podía desentrañar también el celeste, podría haber continuado con una historia de códigos, enigmas y secretos que le habría chamuscado la peluca. Pero no, el doctor Clarke no habría tenido paciencia para atender a una historia así, pues el mío es un relato complejo y, por otra parte, soy un soldado no muy ducho en pláticas. Además, me falta experiencia para contarla

porque hasta hoy no se ha hecho. El propio Newton me hizo jurar que guardaría en secreto esa «materia oscura», como él la llamaba. Sin embargo, ahora que el gran hombre ha muerto no veo motivos para ocultarla. Pero ¿a quién se la cuento? ¿Y por dónde empiezo? Temo ser demasiado sobrio para dominar el arte de la elocuencia no afectada y ese estilo noble y conciso necesario para captar la atención del oyente durante un buen rato. Es el mal de los ingleses: somos demasiado llanos, demasiado parcos, para igualar a los grandes narradores. Debo confesar que he olvidado gran parte de mi propia historia, me cuesta recordarlo todo. Han pasado más de treinta años y tengo la impresión de que muchos aspectos de este relato se me escapan entre los dedos. Tal vez se deba a mis propias carencias, la verdad es que no me considero muy interesante y, desde luego, no lo soy en comparación con Newton. ¿Cómo podría haberme creído apto para comprender a alguien como él? Yo no era hombre de letras, se me daría mejor narrar una batalla que una historia como esta. Blenheim, Oudenarde, Malplaquet... luché en esas batallas. En mi vida ha habido poca poesía, ninguna palabra hermosa, solo pistolas y espadas, balas y rameras.

No obstante, tal vez debería repasar el asunto mentalmente porque quisiera que esta historia se conozca un día. Y si resulta que me aburro, sencillamente me daré la orden de desistir y no me sentiré ni frustrado ni ofendido. No pensaba que para rememorar los hechos tendría que ponerlos por escrito, pero ¿de qué manera voy a pulir la narración si no es escribiéndola?

UNO

El sol nunca más te servirá de luz para el día ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz perpetua y el Dios tuyo por tu gloria.

ISAÍAS 60, 19

El jueves 5 de noviembre de 1696 casi todo el mundo fue a la iglesia. Yo, en cambio, fui a batirme en duelo.

Por aquel entonces, el Día de la Pólvora era un doble motivo de celebración para los protestantes: en el año 1605, el rey Jacobo I se salvó ese día de una conjura católica cuyo objetivo era volar el Parlamento, y en esa misma fecha de 1688 se produjo el desembarco del príncipe de Orange en Torbay para liberar a la Iglesia anglicana del despotismo de otro Estuardo, el rey católico Jacobo II. Ese día se dieron muchos sermones por todo Londres y me habría convenido escuchar alguno, ya que una breve reflexión sobre la liberación celestial podría haberme ayudado a encauzar mi rabia contra la tiranía papista, no contra el hombre que había puesto en duda mi honor. Pero me hervía la sangre y, con sañudo rencor en mi cabeza, mi padrino y yo nos dirigimos a la taberna El Fin del Mundo de Knightsbridge, donde desayunamos un tasajo de buey con vino del Rin; de allí fuimos a Hyde Park en busca de mi adversario, el señor Shayer, quien nos aguardaba con su padrino.

Shayer era un individuo malencarado y grotesco a quien no le cabía la lengua en la boca, por lo que ceceaba como un niño pequeño. Lo miré como quien mira a un perro loco. No recuerdo ya el motivo de nuestra disputa, pero debo

mencionar que fui un joven bastante pendenciero y muy probablemente hubo culpa por ambas partes.

Ni se pidieron ni se ofrecieron disculpas, de modo que, sin más dilaciones, los cuatro nos quitamos las casacas y pasamos a las espadas. Yo tenía cierta habilidad con esa arma, en cuyo manejo me había adiestrado el señor Figg de la calle Oxford, pero en aquel combate hubo poco refinamiento, o tal vez ninguno, y de hecho despaché rápidamente la faena: alcancé a Shayer en la tetilla izquierda, pero la cercanía de la herida al corazón abismó al pobre infeliz en un miedo mortal por su vida y a mí en el pánico a la intervención de la justicia, ya que los duelos eran ilegales desde 1666. Los caballeros no solían preocuparse demasiado por las consecuencias legales de sus desafíos, pero tanto el señor Shayer como yo éramos letrados adscritos a la Honorable Sociedad del Gray's Inn, donde lidiábamos con los arcanos de las leyes inglesas, y la disputa levantó enseguida una buena polvareda que me obligó a colgar la toga para siempre.

Quizá no fue una gran pérdida para la abogacía ya que el derecho ni me interesaba mucho ni se me daba especialmente bien: solo lo había estudiado para complacer a mi difunto padre, que siempre había sentido un gran respeto por esa disciplina. ¿Y a qué otra cosa podría haberme dedicado? No éramos una familia rica, aunque tampoco carecíamos de contactos y asideros. Mi hermano mayor, Charles Ellis, que llegaría a ser parlamentario, era a la sazón subsecretario de William Lowndes, a su vez secretario permanente del primer lord del Tesoro. Este último cargo lo ocupó lord Godolphin hasta su reciente renuncia. A los pocos meses, el rey nombró para sustituirlo al entonces canciller de Hacienda, lord Montagu, a quien Isaac Newton debe su designación como administrador de la Real Casa de la Moneda en mayo de 1696.

Mi hermano me contó que, hasta la llegada de Newton, el puesto comportaba pocas obligaciones o incluso ningun-

na y, de hecho, él lo aceptó con la esperanza de recibir sus emolumentos a cambio de escaso trabajo; sin embargo, la gran reacuñación había conferido más importancia a esa tarea y el nuevo administrador se vio obligado a asumir una mayor responsabilidad en la vigilancia de la moneda.

A decir verdad, esa protección era imperiosa dado que últimamente se había depreciado en demasía. El único dinero merecedor de ese nombre en el reino eran las monedas de plata (el oro circulaba poco o, sencillamente, no circulaba), en concreto las de seis peniques, los chelines, las medias coronas y las coronas; pero hasta la gran reacuñación mecanizada casi siempre se batían a mano y tenían cantos mal torneados que se rebajaban o desgastaban con facilidad. Excepto una partida acuñada tras la Restauración, ninguna de las monedas en uso era posterior a la Guerra Civil y muchas se habían emitido durante la época de la reina Isabel.

El destino también contribuyó a perjudicar la moneda cuando, tras la coronación de Guillermo y María, el precio del oro y la plata se incrementó considerablemente, de modo que el costo del metal en un chelín era más alto que el valor adquisitivo del chelín mismo. O, al menos, así debería haber sido. Un chelín recién acuñado pesaba noventa y tres granos, mas con la constante subida en el precio de la plata solo tendría que haber pesado setenta y siete: lo escandaloso e irritante era que, al estar las monedas tan viejas y gastadas, tan rebajadas y consumidas por el paso de los años, los viejos chelines rara vez alcanzaban los cincuenta granos. La gente, por tanto, tendía a acaparar las nuevas monedas y a rechazar las viejas.

El Parlamento promulgó la Ley de Reacuñación en enero de 1696, pero eso únicamente sirvió para empeorar las cosas ya que sus señorías cometieron la inexcusable imprudencia de condenar las viejas monedas sin asegurarse de que había reservas adecuadas de las nuevas. Así pues, durante todo el verano (si la estación merecía ese nombre,

porque hizo un tiempo de mil demonios) hubo tal escasez de dinero que cada mañana se temían disturbios y algaradas. Y es que, sin dinero contante y sonante, ¿cómo iban a cobrar los hombres?, ¿cómo se iba a comprar el pan? Por si no fuera trastorno suficiente, a esa montaña de calamidades se sumó el fraude de banqueros y orfebres, quienes, tras reunir inmensos tesoros mediante extorsiones, acopiaban lingotes con la esperanza de que aumentara su valor. Por no hablar de los bancos que se establecían a diario o quebraban, ni de una carga intolerable de impuestos que gravaban cualquier cosa menos los cuerpos femeninos y los semblantes francos y sonrientes, que brillaban por su ausencia. Lo cierto era que había por todas partes una enorme falta de civismo y parecía que el país se hundía bajo el peso de los muchos estragos.

Consciente de mi repentina necesidad de trabajo y la no menos súbita necesidad de un ayudante para el doctor Newton, Charles convenció a lord Montagu de que me recomendara como candidato a ese empleo, y ello a pesar de que se había enfriado notablemente el cariño mutuo que siempre debe haber entre hermanos. En consecuencia, al poco tiempo se resolvió que debía acudir a la casa del doctor, en la calle Jermyn, para ofrecerle mis servicios.

Recuerdo bien aquel día porque había caído una intensa helada, se hablaba de nuevas conspiraciones católicas contra el rey y estaba en marcha una gran persecución de jacobitas. Lo que no recuerdo es que la reputación de Newton hubiera dejado huella en mi joven espíritu; y es que, a diferencia de él, que era catedrático en Cambridge, yo era alumno de Oxford y, si bien conocía a los clásicos, debatir sesudos conceptos matemáticos (y mucho menos los que afectaban al universo) me habría resultado tan difícil como disertar sobre la naturaleza de un espectro. Solo estaba al tanto de que Newton era, como el señor Locke y *sir* Christopher Wren, uno de los hombres más doctos de Inglaterra, aunque no habría sabido decir por qué: los naipes

eran mi principal lectura en aquella época y las muchachas bonitas, mi primera actividad intelectual ya que las había estudiado con celo y ahínco; lo cierto es que tenía tanta destreza en el manejo de la espada y la pistola como otros en el del sextante y el compás. En resumen, era tan ignorante como un jurado incapaz de alcanzar un veredicto. Y en los últimos tiempos (en especial tras haber abandonado la abogacía) esa ignorancia había empezado a pesarme.

La calle Jermyn, de reciente construcción y muy elegante, estaba en las afueras de Westminster, y la casa de Newton se encontraba en el extremo occidental, el mejor, cerca de la iglesia de San Jacobo. A las once en punto me presenté en su puerta; el criado que la abrió me condujo a una habitación caldeada por un buen fuego donde Newton esperaba sentado en una butaca roja con un cojín rojo y un libro encuadernado en tafilete rojo. No llevaba peluca y advertí que tenía el pelo cano, pero conservaba todos los dientes, y en buen estado para un hombre de su edad. Vestía una bata de felpa carmesí adornada con botones dorados y recuerdo también que en el cuello tenía una ampolla o una supuración que lo molestaba un poco. La estancia era completamente roja, como si a veces la ocupara un enfermo de viruela, pues se dice que ese color elimina la infección. Estaba bien amueblada, con paisajes en las paredes rojas y un vistoso globo terráqueo que ocupaba una esquina junto a la ventana, como si aquel cuarto fuera todo el universo existente y él, su dios supremo, pues a mis ojos tenía la continencia de un sabio. La nariz era toda puente, como si cruzara el Tíber, y sus ojos, serenos en reposo, se clavaban como estiletes en cuanto arrugaba la frente para concentrarse ante una idea o una pregunta. La boca parecía áspera y exigente, como si su propietario no tuviera buen apetito o buen humor; la barbilla con su hoyuelo estaba a punto de unirse a una hermana gemela. Hablaba con un acento que presumí incorrectamente de Norfolk, pero era de Lincolnshire, pues ahora sé que había nacido cerca

de Grantham. El día en que lo conocí le faltaba más o menos un mes para cumplir cincuenta y cuatro años.

—No tengo por costumbre hablar de nada ajeno a mis asuntos, así que me perdonará si voy al grano, señor Ellis —dijo—. Cuando me designaron administrador de la Real Casa de la Moneda no podía imaginarme que consagraría mi vida a la persecución y el castigo de falsificadores, rebajadores y talladores. Ya sabedor de que ese era mi cometido escribí a la Comisión del Tesoro para manifestar que esas materias pertenecen a la jurisdicción del adjunto al procurador general y que, a ser posible, apartasen de mí ese cáliz. Sus señorías, sin embargo, no lo juzgaron así y, en consecuencia, tengo que asumir la tarea. Dadas las circunstancias, he convertido este encargo en una cruzada personal porque, si la gran reacuñación no da resultado, temo que perdamos la guerra contra los franceses y el reino entero se desmorone. Nadie puede dudar de que, durante los últimos seis meses, he cumplido con mi obligación en la medida de mis posibilidades, de eso estoy seguro, pero el apresamiento de esos granujas es una tarea ingente, pues son muchos, y me veo en la acuciante necesidad de contar con un secretario que me asista en mis funciones.

»Pero no quiero a mi servicio a ningún lacayo pusilánime. A saber en qué aprietos podemos encontrarnos o si alguien ejercerá violencia contra esta institución o contra nuestras personas; tenga usted en cuenta que falsificar moneda es un delito de alta traición que conlleva la pena más severa, y esos bellacos están desesperados. Parece usted un joven con ímpetu, caballero. Adelante, hábleme de sus virtudes.

—Estoy seguro —empecé nervioso, ya que Newton se expresaba exactamente como mi padre, que siempre esperaba lo peor de mí y con frecuencia no quedaba decepcionado— de que debería decirle algo con respecto a mi educación, doctor. Tengo un título de Oxford. Estudié Derecho.